

1ª CLASIFICADA



NADA ES IMPOSIBLE

Aitana Elices Lázaro

Colegio Alemán de Valencia (Valencia)

Oscuridad.

Sólo un etéreo rayo de luna se filtraba a través de las placas de hielo cristalino. Únicamente conseguía arrancar destellos plateados a las diminutas esquiras heladas que flotaban frente a sus ojos, errando en la penumbra, antes de ser engullida por la negrura insondable.

Frío.

El pecho le pesaba como si su corazón, al ralentizarse, también se hubiera vuelto de hielo. Sobre su cabeza flotaban sus manos, con la piel tensa y pálida. Las puntas de los dedos y las palmas mostraban tonos violetas y azules. El rostro le dolía, gélido y tan blanco como el alabastro.

Oscuridad y mucho, mucho frío.

“No puedo morirme aquí” pensó. “No debo, Rosie...” recordó. “Tengo que salvar a Rosie”.

Laurent no recordaba la primera vez que su mente ideó algo que maravilló a todos cuantos lo contemplaron. De niño vivía con su padre en un pueblo de leñadores en la zona sur de Canadá. Cuando evocaba su infancia, acudían a su mente las imágenes de los gancheros conduciendo las maderadas río abajo (haciendo equilibrios sobre los troncos), el olor de la estación del barro y el color del humo de leña verde ascendiendo por la chimenea de su cabaña.

Su padre era un hombre fuerte, serio y hosco, cuyos temas de conversación se limitaban a las hachas, los troncos descomunales, los ríos y el bosque. A veces, hablaba también de cuando sirvió en la guerra, sin imaginar que no pocos años después, en 1942, perdería la vida en medio de Francia, por culpa de una bala venida de quién sabe dónde.

Laurent no tenía mucho en común con su padre. Optó desde muy pequeño por emplear el cerebro antes que los brazos. Con quince años inventó un hacha motorizada, sujeta a una plancha de hierro, que talaba los árboles por él. En la aldea le pusieron un gracioso apodo: Positivo Montones.

No tenía tanto que ver con su portentoso cerebro como con su actitud. A pesar de lo irreales que parecían muchas de sus ideas, siempre perseveraba y alcanzaba sus metas. Con el tiempo, la gente que le conocía aprendió que si Positivo (o Laurent) se proponía algo, lo conseguía.

No eran máquinas lo único que inventaba. Tras la muerte de su padre y el final de la guerra, el pueblo de leñadores se disolvió y Laurent se quedó solo en medio del bosque. Fue entonces cuando entabló amistad con una tribu cercana de indios abenaki, quienes le enseñaron los poderes de las plantas y la fuerza de la Naturaleza. Tras adquirir esos conocimientos, Positivo Montones comenzó a crear también pocimas y brebajes de lo más extraordinario: uno que permitía ver en la oscuridad durante una hora, otro que potenciaba la fuerza física, otro que soldaba huesos rotos...

A pesar de sus increíbles éxitos, poca gente iba a visitarle. La mayoría eran indios, ya que casi nadie en el mundo exterior sabía de su existencia. Sin embargo, Laurent era feliz sabiendo que al menos ayudaba a unos pocos. Vivía recluido en su cabaña, en medio de la nada. Podían pasar meses (sobre todo en invierno) en los que los únicos sonidos que escuchaba los producían los animales que se acercaban a beber al río, las aves en el bosque oscuro y el viento gimiendo entre los pinos. Creyó que nunca en su vida necesitaría nada más. Se equivocaba, y lo supo el día que conoció a Rosie.

Ella era una mestiza que viajaba de pueblo en pueblo vendiendo toda suerte de artilugios. Había sido repudiada tanto por blancos, como por indios, y por eso, era un alma tan solitaria como él.

Conoció a Positivo el verano de 1957. Llegó al antiguo pueblo en busca de leñadores que quisieran comprar hachas nuevas y comida y sólo encontró a Laurent y sus inventos, repartidos por las ruinas.

- Conozco la historia de una mujer que convertía a los hombres en piedra con sólo mirarlos- le dijo- ¿Eso has hecho tú? ¿Convertir a mis clientes en...esto?- Rosie sonrió, recolocándose los fardos que llevaba a la espalda. El sol trazó líneas cariñosas en el rabllo de sus ojos y la comisura de sus labios.
- Le contaré lo que ha ocurrido de verdad- Positivo Montones sintió que el corazón le daba un vuelco-. Pero a cambio me encantaría que me contara esa historia. ¿Quiere pasar?- señaló su maltrecha cabaña.

Rosie entró en su casa y allí se quedó durante los años siguientes. Ella se convirtió en su amor, su imán, su norte, hacia el que siempre se volvía en busca de orientación. Las tardes más calurosas se tumbaban en la hierba, miraban el polen flotando a contraluz, que se adhería al cabello de ella. Laurent se maravillaba con cada uno de sus gestos,

cómo arrugaba la nariz antes de darle un beso, el tacto de sus dedos trazando líneas cálidas sobre su piel...

Mientras vivió con Rosie, no volvió a inventar. Ella era todo cuanto necesitaba, ella ocupaba su cerebro por completo, sin dejar sitio para máquinas retorcidas y pociones estrambóticas.

Pasaron tres años, lentos y perfectos. El invierno del cuarto, Rosie se levantó una mañana y se desmayó al instante. Laurent la puso en la cama y ya no se movió de allí.

Estaba enferma y nadie supo decir cuál era su dolencia. Cada día que pasaba se llevaba algo más de ella, hasta que fue incapaz incluso de hablar.

Y aun así, Positivo, haciendo justicia a su nombre, no se rindió. Por primera vez en mucho tiempo, su cerebro comenzó a trabajar en busca de la medicina que Rosie necesitaba. Se ausentaba para buscar los ingredientes, ideaba todo tipo de remedios, pero ninguno era efectivo.

– Nada es imposible- se repetía- Daré con la cura. Nada es imposible. ¡Nada es imposible, Rosie!

Así acabó en el lago. Necesitaba hielo joven para una de sus medicinas y aquél era el lugar perfecto. Dejó a Rosie al cuidado de una mujer abenaki a la que conocía bien y se marchó.

El invierno había comenzado hacía muy poco, pero calculó que la capa de hielo que cubría el lago debía de ser lo suficientemente gruesa como para soportar el peso de un hombre, incluso en su centro. Además, al llegar, los perros lo habían cruzado varias veces, corriendo excitados después del viaje por las llanuras canadienses, en el que habían estado atados al trineo.

El hielo al quebrarse bajo sus pies aulló y gimió, antes de partirse con un grito ronco. La brutal impresión del frío impidió que Laurent reaccionara en un primer momento. El agua, espesa como un caldo, le succionó con avidez. Positivo alargó la mano, tratando de asirse al hielo, levantando surtidores de espuma. Las placas se cerraron con una dentellada gélida.

“¡Saldré de aquí!” pensó, golpeando el hielo. “¡Nada es imposible! ¡Ni siquiera escapar de esto! Nada es...” el frío le cerró los ojos antes de que pudiera finalizar.

Cuando los volvió a abrir era de noche. ¿Cómo era posible? Nadie sobrevivía más de dos minutos en esas aguas gélidas. Su cuerpo se hundía mansamente, en el más absoluto silencio.

“Debería estar muerto”- pensó, incapaz de moverse. “Y si no lo estoy, ¿por qué? Tengo que salir, tengo que salvar a mi Rosie...”

Sus propias palabras, aquellas que tan a menudo repetía, aparecieron de pronto en su mente. Nada es imposible. Ni siquiera sobrevivir a eso. No podía morir, eso había pensado. Y no lo estaba haciendo. ¿Era acaso su deseo tan poderoso?

“Nada es imposible” pensó de nuevo. Una carcajada de amarga ironía sacudió su cuerpo, pero murió en su garganta llena de hielo y agua, sin emitir ningún sonido. Tenía el sabor de la muerte y la humedad pegado al paladar. “¿Quién sabe?” pensó antes de volver a cerrar los ojos. “Quizás algún día entienda lo que ocurre”.

En lugar de su risa, por entre sus labios subieron tres burbujas pequeñas y solitarias, el poco aire que quedaba en sus pulmones. “Quizás algún día alguien me saque de aquí” sonrió con los labios tensos por el frío. “Al fin y al cabo, nada es imposible”.

Las diminutas burbujas subieron temblando y se quedaron atrapadas bajo la alfombra de hielo, mientras Laurent se hundía más y más en el negro lago.